

“La Casona”: veinte años de luces y de sueños en Mérida.

Volviendo al grupo de “La Casona”, habría que empezar con aquella manida frase de “parece que fue ayer”. Pero desde aquel ayer han pasado ya dos décadas. El grupo cumplió el pasado diciembre veinte años de haber levantado su primer telón. No menos de centenar y medio de personas han intervenido en sus obras. Algunas ya han muerto como Fernando Juanes, actor excelente, dueño de disciplina y respeto por el teatro jamás igualados. Su iniciador ya está también sentado en su nube. Me refiero a Virgilio Mariel, excelente actor, director y organizador.

Virgilio, enviado por el Instituto Nacional de Bellas Artes para atizar la hoguera del teatro en el sureste, que ya languidecía y amenazaba con apagarse, alquiló una casa por el parque de Santa Lucía— oficialmente designado como Parque de los Héroes—. La tal casa, como los viejos castillos ingleses, hasta fantasma tenía, pues era rumor de chismorreo pueblerino que en ella habían emparedado a uno de los sirvien-

tes de los “apostolados” amos por quién sabe que travesura cometida.

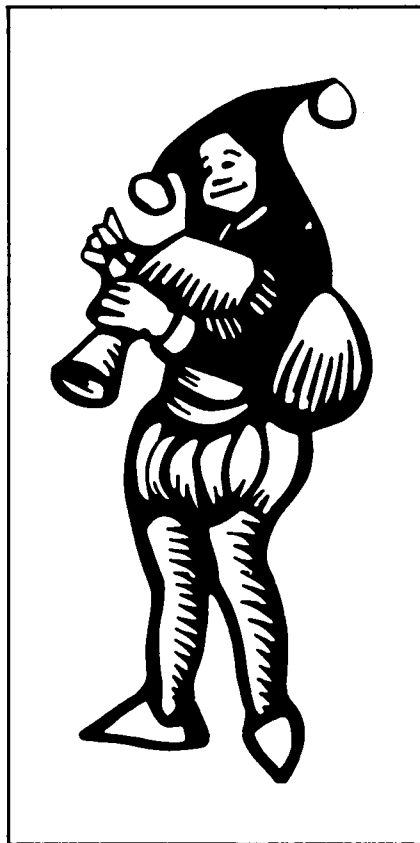
Lo cierto es que en esa vieja casona, de donde se tomó el nombre del grupo, se hizo mucho del mejor teatro que se ha visto por estos rumbos. El debut fue con la obra de J.B. Priestley, “Llama un inspector”. No se olvidó el teatro yucateco, porque una obra de Antonio Mediz Bolio también fue representada en ocasión de haber cumplido cincuenta años como autor dramático. Ni al teatro nacional, pues Villaurrutia fue incluido en el repertorio. El neorrealista teatro italiano de ese tiempo fue escogido en una obra que traducida por Salvador Novo había sido un éxito en su Teatro de La Capilla en Coyoacán.

Desde la obra de Villaurrutia, “La mujer legítima”, tuve el honor de tomar la batuta de La Casona. Virgilio Mariel regresó a México y me quedé al frente de esa hermosa herencia, de esa conjugación maravillosa de personas que hacen teatro.

El local de la vieja casona se cerró y 9

nos cobijamos en el teatro del STIC. No había otro. Y en él resonaron las frases de Tennessee Williams, de Arthur Miller y de otros eminentes dramaturgos. Recuerdo con particular emoción "El zoológico de cristal" del primero, y "La muerte de un viajante" y "Todos eran mis hijos", del segundo. Y es imprescindible mencionar aquí a Juan Duch, entonces director de Bellas Artes, sin cuyo apoyo poco o nada se hubiera hecho.

Del grupo de La Casona salió también el elemento base para la presentación de "Henequén" de Leopoldo Peniche Vallado, que dirigió Mario Zavala. El grupo obtuvo el Premio Nacional de Teatro en un concurso celebrado en Xalapa, como ya antes La Casona lo había obtenido con "La mujer legítima" de Xavier Villaurrutia, con la que me inauguré como director.



Posteriormente, el grupo estrenó el espléndido Teatro del Seguro Social, con una obra española de López Rubio que fue todo un fracaso, y terminamos con una obra italiana "Proceso a cuatro monjas" que tuvo un éxito extraordinario.

Pero el tiempo pasa. Como me dijo un querido amigo y compadre: —No es lo mismo "Los tres mosqueteros", que "Veinte años después". Y después de veinte años, pasando revista al pasado, me siento satisfecho.

Alberto Cervera Espejo.